D I D A S C A L I A

Noche cálida. Luz tenue en toda la escena. Al Centro Alto (CA), una casa. Casa de una sola planta, forrada de azulejos con dibujo en amarillo mate y azul. Gran portal a la izquierda. Puerta de entrada al centro. Dos ventanas a cada lado. Segunda puerta a la derecha, con ventanal en obediencia. A la Izquierda Alta (IA), una placa identifica el lugar: *Rua Dr. António Garção*.
Porel programa, se sabe que se llega allí, yendo desde el *Largo Alexandre Herculano*, siguiendo por la *Rua Capitão Paes Falcato*, girando, a la derecha, hacia la *Rua Miguel Bombarda*, y después a la izquierda, ya se encuentra la casa.
Al Centro Bajo (CB), o proscenio, de espaldas a la audiencia, sentados en el suelo, dos niños: Hugh y Fanny. Parados. En posición de espera.
Es cierto que los niños no esperan. Los niños tienen poco que echarle a la espera. Y llenan las esperas en un momento.
Hugh y Fanny conocían los «miedos de Sousel». Los escucharon por las noches, en sus casas. Hacía mucho que «los habitantes del monte de Álamo, cerca de Cano, habían escuchado, a horas muertas de la noche, algunas palabras confusas seguidas de un grito ronco». Y estaban asustados.
Fanny y Hugh tenían secretos. Eso, sí. Los niños cambian esperas por secretos. Y saben cómo llenar los secretos mientras los mayores llenan las esperas. Así que conocían la Biblioteca de António Garção. Enorme. Y sabían que una biblioteca es el lugar donde se encuentran las palabras. Por eso hay casas que hablan. Son las casas con biblioteca. Quien no lo sabe, huye de ellas, con miedo. Y también por eso, por la noche, es raro encontrar a quien pase por la Rua Dr. António Garção, delante de la casa que habla.
Ahora estaban allí, los niños, con su secreto.
Sabían que António Garção, médico, tenía la consulta en casa. En la parte derecha de quien la mira de frente. En aquella puerta añadida, con ventana en obediencia. Y sabían lo del esqueleto humano, entero, de pie, junto al escritorio
Así que Hugh le dijo a Fanny:
–¿Sabes que, por la noche, el esqueleto deja la consulta y se va a la biblioteca? Verás que no es la casa la que habla. A lo mejor es el esqueleto leyendo, en voz alta.
–¿Crees que son esas las palabras confusas que se escuchan en el monte de Álamo? –sugirió Fanny.
–Nadie lo sabe. Pero las palabras del monte tienen que estar en la biblioteca.
–¿Y si fuéramos allí? Por aquí no pasa nadie.
Hugh dudaba. Temía que en la casa se reunieran, noche adentro, los muertos que habitan las Antas y que fueran suyos los gritos que se escuchaban en el monte de Álamo. Al final, pensaba él, eso de llamar a la Torre del Álamo la Torre de Camões solo podía tener que ver con bibliotecas. Y empezó a sentir el frío de la noche. Pero, cuando miró, Fanny ya estaba trepando por la ventana con vistas a la consulta. Y fue tras ella.

–¡Hala! ¡Tantos libros!
Sobre la mesa, en medio, muchos estaban abiertos.
–¡Mira! –dijo Fanny.– Hay nuevas palabras escritas a mano, alrededor de las palabras de los libros. Serán las que andan por ahí, por toda la casa. Y que saltan a la calle, igual que hemos saltado dentro nosotros.
Hugh sabía lo de las anotaciones escritas por el médico en todo lo que leía.
–Mira aquí –siguió ella–. Mira este libro:
«José Régio, su pequeña persona física, era grande, muy grande, de las más grandes de su tiempo, en espíritu, en alma, en esfera moral, en fuerza psíquica».
–¡Y en este! ¿Quieres escucharlo? –dijo él:
«El POETA João de Barros, que tiene el culto de las cosas bellas, encuentra en el Pueblo el elemento dinámico y básico de su devoción por la vida».
Fanny y Hugh sabían que los muertos cantan y tocan y recitan poemas. Y estaban seguros de que esos eran los que se escuchaban en el monte de Álamo. Y de que esos eran los que escuchaban ahora allí, en la Gran Biblioteca de António Garção. Y escucharon.
Villaret recitaba, de Régio, el Cántico Negro.
Allí había vivido con su padre, Frederico Augusto Villaret, doctor como Garção, y guitarrista. Procedentes, todos, de Girona, en Cataluña.
–¿Lo oyes? –preguntaba Fanny – ¿Oyes tocar? Es una guitarra.
–Míralos, ahí en el rincón. ¿Sabes quién es ese, el más alto? Es médico también. Francisco Maria Roldão.
–¿El que les puso a los niños recién nacidos la vacuna contra la viruela?
–Ese es. Y date cuenta de que ha salvado a muchos de morir. También era hombre de palabras. Igual que los otros, aquí, en la tertulia. Manuel Gomes, Jerónimo Gomes, grandes figuras canoenses.
–Jerónimo fue el que recorrió el mundo y luchó valerosamente por los derechos de los nativos, ¿verdad?
–Gente de Cano, Fanny. Gente de Cano.
–Y esa, ¿quién es?
–Esa es otra historia. Es doña Aldona Saltona.
–¿Saltona?
–Por parte de su marido, que tenía Saltão de apellido.
–¿Y qué se sabe de ella?
–Eso, que lo pregunte el que venga después de nosotros.
–¿Qué cantan ahora?
–Es una canción del pueblo. De este pueblo del que habla João de Barros. Del pueblo, Fanny:

«Alentejo no tiene sombra
Más que la que viene del cielo».

Discreto. Disfrazado tras las cortinas, el esqueleto, atento, observaba. Tenía mucho que contarle a su médico. Y preguntas que hacerle:
–¿Pueden los niños saber tanto, de tantas cosas?
Y escucharía a António Garção responder:
–¡Amigo! No eran niños. ¿No te has fijado en los nombres? Eran solo Palabras. Gente que habita los libros. Y lo que has escuchado era Poesía. Era nuestra Biblioteca hablando.

La luz se hace paulatinamente más viva. Es de madrugada. La casa se ilumina. Una ventana está ahora abierta de par en par. Llega el pueblo, que llena la calle.

Si hay
TELÓN
puede caer.

Álvaro Laborinho Lúcio
Julio de 2023